

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

DIEZ-CANEDO EL ARTISTA

Quizá los primeros en estudiar el mundo editorial como un tema importante por sí mismo fueron los ingleses, y fueron ellos los que bautizaron cierta figura muy británica como *gentleman publisher*: el editor que publica lo que le gusta y porque le gusta, con sus propios recursos y sin pensar que está haciendo un negocio.

Cuando Joaquín Diez-Canedo, con su pipa, sus *tweeds*, su sobriedad, su elegancia cordial y un tanto displaciente, empezó a publicar libros que le gustaban, libros buenos, bonitos y hasta baratos, pero que no pintaban como un gran negocio, parecía un transterrado del mundo británico: un *gentleman publisher*. Pero nació en Madrid; estudió letras españolas, fundó una revista literaria, tomó las armas en defensa de la República y acabó en México a los veintitrés años, en 1940. Sacó la maestría en la Universidad Nacional y entró al Fondo de Cultura Económica, donde trabajó dos décadas. Asombró a todos cuando, voluntariamente, dejó la gerencia de una casa de tanto prestigio para lanzarse por su cuenta, en 1962, a una proeza: publicar la nueva literatura mexicana. También extrañó que la bautizara con el nombre postal que usó en la Guerra: Joaquín M. Ortiz.

La Guerra, las dos orillas, la aventura y hasta la locura de ponerse al servicio del libro literario, la trasmutación del nombre de Alonso Quijano, hacen pensar en el quijotesco, en la figura de un hidalgo editor. Pero no, no había nada de enfático o militante en la empresa naciente: había el gusto de leer y compartir las lecturas, la seriedad tranquila del amor al oficio y las cosas bien hechas.

Años después, cuando frecuenté la editorial, me di cuenta de que la figura que mejor describe a Diez-Canedo no es tanto la del Quijote editor ni la del *gentleman publisher* sino la del artista.

No era fácil de ver, porque el arte del libro tiene algo de invisible.

Editar es poner un libro en medio de una conversación. Editar es organizar una conversación. Editar es descubrir lo que alguien tiene que aportar a la conversación, sacarlo a luz, centrarlo, con planteamientos inteligentes al autor, con presentaciones inteligentes al público. Sócrates decía que él ayudaba a dar a luz las ideas de su interlocutor, como su madre ayudaba en los partos. Por eso, llamó a su método *mayéutica*, que es algo así como obstetricia. También la palabra *editio*, en latín, se usó para dar a luz niños o libros. Editar tiene algo de mayéutico: es un proceso a través del cual lo que ya estaba ahí sale a participar en la conversación.

Hacia 1970, yo tenía un conjunto de artículos que me parecían publicables en un volumen misceláneo. Pero Joaquín ni lo rechazaba ni lo publicaba. Hasta que un buen día descubrió lo que yo no había visto: dentro del conjunto, hay una serie de artículos que tienen interés para los lectores de poesía, que usted puede trabajar y completar para un libro pequeño, por donde pudiéramos empezar. Así nació *Leer poesía*, y luego, con el mismo método, *Los demasiados libros* y *Cómo leer en bicicleta*, libros que debo a su mayéutica.

Lo encontré muchas veces absorto en el diseño de un libro, en el significado de una palabra. ¿Tenía que ocuparse de eso? No personalmente, pero ahí estaba, sumergido y hasta irritable, como un artista que no encuentra la forma o está a punto de verla y no está dispuesto a perder el advenimiento de lo que espera, por una interrupción. Alguna vez lo interrumpió un autor que creía haber escrito un gran éxito comercial: tranquilamente lo mandó al diablo. Era obvio que le interesaban los libros por sí mismos, no sus efectos secundarios.

En esto, ha sido más autor que esos autores para los cuales lo importante de escribir no es la página misma sino

alguna otra cosa. Ha sido como aquellos autores romanos de los cuales habla Alfonso Reyes: orgullosos de la calidad de sus libros, aunque no ganaron nada. Ha sido, como el mismo Reyes, un artista de la página, con ese arte menos reconocido, que no termina, sino empieza, con el original, aunque se penetra con el arte de escribir.

Reyes llegaba más allá del original. Se preocupaba tanto por la página impresa que "la fobia de la errata me mantenía desvelado junto a las mesas de plomo" y, alguna vez, "me puso en cama (presa de una verdadera fiebre nerviosa) la aparición de cierto libro mío que estaba plagado de erratas". El arte de Diez-Canedo, como en el ejemplo que puse, llega a participar en la concepción misma del libro.

Tarde o temprano, la historiografía mexicana descubrirá que no se puede hacer la historia de la cultura en México sin hacer la historia de sus editores, como empresarios culturales, como líderes intelectuales y como artistas mayéuticos. Para entonces, y para un posible museo del libro, propongo una sala donde se reúnan todos los libros publicados por Joaquín Diez-Canedo, de preferencia con la documentación de archivo para el caso.

Por lo pronto, celebremos su merecido premio alfonsino, que lo hermana con Reyes en el gusto de leer y compartir las lecturas, en la tranquila seriedad del amor al oficio y las cosas bien hechas: como artistas de la página. ♣

GABRIEL ZAID

ERRAR

En el texto *Algo sobre Huidobro ahora* de Eduardo Milán, publicado en noviembre, omitimos la dedicatoria a Eliot Weinberger. *Subsanatum est.*

EN DEFENSA DE CABRERA
INFANTE

Leí en *Vuelta* 203 las "Guantanameras" de Guillermo Cabrera Infante (GCI) con especial interés, porque "La guantanamera me gusta. Llegó por primera vez a mis oídos en el Princeton de los años 60, época de ídolos como Pete Seeger y Joan Baez, y recuerdo mi sorpresa al oír los versos sencillos de Martí puestos en una música tan bonita. El detectivesco relato de GCI me dio cumplida y graciosa respuesta a las preguntas que en ese entonces no tuve la curiosidad de hacerme.

Allí habrían quedado las cosas de no haber sido por la desafinada agresión de Humberto Juárez Núñez (HJN) contra GCI en *Vuelta* 205. "No se puede enmendar una injusticia cometiendo otra —dice HJN en tono severo—, especialmente si las omisiones son las que la provocan". O sea: GCI pretendió enmendar la injusticia cometida contra Julián Orbón cometiendo a su vez una injusticia, puesto que atribuyó a Antonio de Cabezón las variaciones sobre "Guárdame las vacas", que —dice— no son de él, sino de Luis de Narváez. A lo cual sigue una argumentación tan llena de pifias, que me he sentido obligada a escribir esta réplica

Conozco bien a muchos de los compositores españoles del Renacimiento que escribieron música instrumental, Narváez y Cabezón entre ellos. Poseo sus obras en buenas ediciones modernas y constantemente las toco en el piano, donde por cierto suenan bastante bien. Así pues, cuando leí en el ensayo de GCI que Julián Orbón se basó en el guajiro tal como Antonio de Cabezón se basó en lo popular español ("Guárdame las vacas"), la analogía me pareció atinada y luminosa. (Lo que no me pareció bien fue ver colocado al padre Soler en la misma época musical que Milán y Victoria, pero éste es *peccatum minutum*, y además no viene al caso.) La refutación de HJN, según el cual "las variaciones" es rútolu que conviene a una sola composición, hechura de Narváez y no de Cabezón, no sólo no refuta nada, sino que es un hervidero de disparates.

En el *Delfín de música* de Luis Narváez (1538) hay no una, sino dos series de "diferencias" (o sea variaciones) sobre el *cantus firmus* de "Guárdame las

vacas", la primera con cuatro "diferencias" y la otra con tres; en los *Tres libros de música en cifra para vihuela* de Alonso Mudarra (1546) hay asimismo dos series, una de seis y otra de tres "diferencias": en la *Silva de sirenas* de Enrique Valderrábano (1547), una serie de siete; en el *Libro de música de vihuela* de Diego Pisador (1552), una serie de doce; en el *Libro de cifra nueva para tecla, harpa y vihuela* de Luis Venegas de Henestrosa (1557), una serie de cinco; y en las *Obras de música para tecla, harpa y vihuela* de Antonio de Cabezón (impresas en 1578, doce años después de su muerte), tres series de "diferencias", una de tres, otra de seis y otra más de tres.

Así pues, cuando Francisco Salinas (el feliz destinatario de la oda de fray Luis de León "El aire se serena...") puso en su libro *De musica* (1577) el comienzo de la canción "Guárdame las vacas" como ejemplo de lo que hoy llamamos compás o ritmo de seis por ocho, existían ya por lo menos diez series de "diferencias" sobre lo popular tonada. También algunos músicos italianos, como Antonio Valente y Arcadio Mayone o Mazzone hicieron "romanescas" o *mutanze* (mudanzas) sobre "Guárdame las vacas", pero son obras que no conozco. Lo que vale la pena señalar es que todo este episodio hispano-italiano está en el origen de lo que luego se llamó *folia di Spagna*. (Añado que todavía en 1626, en la *Facultad orgánica* de Francisco Correa de Araúxo, hay una ardua serie de catorce variaciones sobre "Guárdame las vacas".)

Si GCI mencionó a Cabezón y no a Narváez ni a los otros, ¿qué más da? La "enmienda" de la injusticia cometida contra Orbón no queda afectada en lo más mínimo. Pero la ignorancia de HJN merecía ser exhibida. En primer lugar, él no se molestó en averiguar si Cabezón había hecho "diferencias" sobre la famosa tonada. "Puedo equivocarme —dice—, pero parece que de Antonio de Cabezón no se conoce ninguna versión [sic] de las mentadas variaciones". He mostrado que se equivoca, y rotundamente. Su "refutación", por lo demás, chorrea por muchos agujeros. Señalo los más visibles: las "diferencias" de Narváez no están escritas "en la tonalidad de Do mayor", sino en la de Re menor (claro que hablar de "tonalida-

des" significa traducir a lenguaje moderno el lenguaje antiguo); "Enrique Valderrábano" no se llama así, sino Enrique de Valderrábano; y Tomás Luis de Victoria, al excelso polifonista, está totalmente fuera de sitio como "símbolo de la aportación española a la música de teclado".

Según el *New Oxford Companion to Music*, citado por GCI, "Guárdame las vacas" es "término que posiblemente se originó en una tonada campesina". Yo quitaría el *posiblemente*, y en lugar de *tonada campesina* diría "canción de ambiente o contexto pastoril, muy popular en el siglo XVII" (es decir, bien conocida por todas las clases sociales). De la popularidad de esa graciosa canción, que dice:

Guárdame las vacas, carillo,
y besarte he;
si no, bésame tú a mí,
que yo te las guardaré,

da amplísimo testimonio el núm. 1683 del libro de Margit Frenk, *Corpus de la antigua lírica popular hispánica*. ✻

ANTONIO ALATORRE

LIBROS AMBULANTES

Ha llegado la hora de fundar un patronato para la conservación de los últimos hippies. Hace falta una casa hogar donde estas criaturas puedan dormir por las noches, repetir sus mantras, fumar marihuana y escuchar sus gastados discos de los Calchakis. Atrapados entre las patas de los caballos de la Historia, esta maltratada minoría, concentrada en una reserva ecológica, será una fuente de datos para los sociólogos, los antropólogos y los teóricos de la moda del siglo XXI.

Abandonados a su suerte por una sociedad que siempre los rechazó, este grupo famélico sobrevive gracias a los tendidos de libros que hacen en las aceras, dentro del vasto Estado Universitario o en puntos estratégicos como la Cineteca Nacional, la Alameda Central y algunas estaciones del metro. Junto con varas de incienso, discos de Mercedes Sosa y Jim Morrison, collares con signos del zodiaco, camisetas con la imagen del Ché Guevara con la patética leyenda "Hasta la victoria

siempre", estos mercachifles del Espíritu ofrecen también las opciones literarias más melancólicas. Algunos de ellos incrementan la oferta con libros de viejo y títulos más o menos recientes sustraídos de las librerías y las bibliotecas: hasta el punto de que uno puede comprarles el *Cuaderno de noviembre* de David Huerta en su primera edición, y así ponerse al tanto sobre el lejano ayer de la poesía psicodélica.

Parafraseando el feo poema de Julio Sesto, me dan pena estos abandonados que lucharon creyendo que la Historia los amaba. Soldados paradójicos, quisieron derrotar a las fuerzas oscuras del mundo con el solo lema de *Amor y*

paz; la United Fruit Co., la CIA e incluso la KGB se burlaron de ellos. Aún no se ha escrito un ensayo sobre el sentimentalismo hippie, sobre su cursilería política, que los hacía defender mecánicamente cualquier causa desprotegida, o sobre su moral sexual, que los hundía en la promiscuidad y en la falta de respeto al cuerpo humano. Amantes de la mescolanza, metían en un solo tonel a Fidel Castro y Marilyn Monroe, el tequila y los barbitúricos, el rock and roll y los monótonos teponaxtiles, el pacifismo y la invasión rusa de Afganistán. Sus escapes hacia la mística del peyote, la prédica de San Francisco de Asís y el budismo comercializado

dan muestra también de su eclecticismo, del consumismo ideológico con que los saturó la invencible sociedad de consumo.

Ignoro si los hippies podrán cruzar la puerta del milenio, así sea en esqueleto y con una vara de incienso entre los dedos. Algunos de ellos viven en la glorieta del metro Insurgentes, convertidos ya en una suerte de teporochos de la droga. Sus cuerpos arrumbados son como libros ambulantes donde podemos leer las cicatrices de dos décadas de pasado reciente. *God less the elders.* ✽

ALFREDO GARCIA VALDEZ

